

Selección de textos

José Manuel Marrero

“Dos de cal” 1.Pasarela”

Con exquisito garbo y gesto curvo hace un pase de pene. El espejo le devuelve su figura: una suerte etérea que flota sobre la arena y graciosamente sorteando los dos cuernos que lo amenazan. La tragedia vendrá primero, pues el toro, que es bravo, morirá ignorando el objetivo de su sacrificio; después la ovación, los pañuelos, las orejas, el rabo, la vuelta al ruedo.

Ha preparado a conciencia la pasarela y nada puede fallar. Al dar la espalda al encolerizado rumiante la volátil plasticidad de sus mejores suertes y la oblicuidad de sus pupilas quedarán errando por el tendido. Ante su reflejo comprueba la firmeza de sus pectorales, la depilada fortaleza de su pecho, su esbelto cuello que se dispara hacia las nubes. Se encanta.

Será una gran tarde. Las ofertas se multiplicarán; diseñadores, fotógrafos, medios de comunicación requerirán su presencia, lo llamarán de *Penthouse*, de *Playboy*, será la nueva estrella de *Fashion TV*. Correrá el champán y le dará igual ver cómo su mujer roza con los suyos los labios del subalterno.

“Dos de cal” 2. “Glamur”

Aunque el doctor le dijo que el suyo era un simple problema de transpiración, aquel asuntillo sin trascendencia médica se había convertido en una catástrofe que le era urgente remediar. En la cola del supermercado un gran hueco le hacían en torno, en el bar donde acostumbraba desayunar lo recibían con mirada hostil y le reservaban una esquina apartada, por llenos que estuvieran los ascensores le dejaban un amplio espacio y todos sacaban sus pañuelos y se sonaban con disimulo, los asientos contiguos quedaban vacíos en la guagua y en el metro y hasta sus mejores amigos habían terminado por escamotear las llamadas y rehuir sus encuentros de fin de semana.

Si se decidía a salir de sábado noche lo hacía solo y se dirigía a locales masificados y de ambiente viciado. Al principio las chicas conversaban un rato, pero al aproximarse para susurrarles palabras halagadoras, darles un beso furtivo o invitarlas a algún lugar apartado se tapaban la nariz y salían despavoridas.

En el verano y el otoño las pituitarias recuperaban su capacidad olfativa y con resignación renunciaba a los escasos favores que las virulentas gripes del invierno y las agresivas alergias de la primavera le habían deparado. Tenía que aceptarlo, nadie con la nariz despejada lo aguantaría más de tres minutos.

Se dedicó a leer la Biblia y las resoluciones de Salomón lo inspiraron. Salió a comprar un desodorante con olor a sudor para que su sudor, de una vez por todas, oliera siempre a desodorante.

Jesús Bombín. Un editor en la isla, Las Palmas, Cabildo de Gran Canaria, 2003.

“Por exceso”

Era tanto lo que quería querer que no podía querer como ella quería querer. Y tanto era lo que quería que la quisieran que jamás se sintió querida, aunque la quisieron de verdad.

-- ¿Me quieres?

-- Te quiero.

-- Pero dímelo tú, no me lo digas porque yo te lo digo.

-- Te lo digo porque me lo dices tú, pero también lo siento yo. Te quiero y te quiero, te redigo que te quiero.

Ella lo quería muchísimo, tanto que no se había dado cuenta de cuánto él también la quería. Tan ensimismada estaba con su profundísimo amor que constantemente necesitaba asegurarse de que era correspondido. Se mordía los labios para no hacerle la pregunta pero la pregunta era del tamaño del universo y no cabía en su boca.

-- ¿Me quieres?

-- Te quiero.

-- Pero dímelo tú, no me lo digas porque yo te lo digo.

-- Te lo diría aunque tú no me lo preguntaras, pero no me das tiempo a decírtelo antes de que me lo preguntes porque me lo preguntas todo el tiempo.

-- Pues adelántate, merezco ese esfuerzo.

-- Sí cariño, te quiero, te quiero, te quiero...

Revista *Al-Harafish*

“El piso”

Hacía dos semanas que hacía tres meses que le habían prometido que le iban a tener el piso preparado para la fecha prometida. Pero la promesa no se cumplía y hacía un mes que hacía dos semanas que hacía tres meses que le habían prometido que le iban a tener el piso preparado para la fecha prometida.

Y no sólo hacía un mes que hacía dos semanas que hacía tres meses, también hacía frío y llegaba la lluvia y bajaba el viento helado de la cumbre, y dormir en la habitación de dos por dos de un piso de jóvenes estudiantes acababa resultando insoportable incluso en una ciudad como aquella y para alguien tan adulto como ella, primeriza sí, pero profesora al fin. Toda una señorita, y ya iba haciendo más de un mes que hacía dos semanas que hacía tres meses que le habían prometido que le iban a tener el piso preparado para ocuparlo en régimen de alquiler.

En su cuchitril Elena imaginaba con delectación el momento en el que abandonaría aquel piso de estudiantes y se mudaría a su piso de funcionaria, un piso grande, con su cuarto de estudio, su dormitorio, su habitación de invitados, su salón estar amplio y cómodo, y su baño y su aseo y su nada desdeñable terraza que colgaba sobre el mar. El de su mudanza iba a ser el momento catártico en que exorcizaría los demonios que se habían ido adueñando de su ánimo durante la espera que se dejaba esperar y que ya le iba pareciendo inesperada eternidad.

La búsqueda del piso adecuado, la observación y el análisis de las diferentes ofertas inmobiliarias, la reflexión sobre sus precios habían jalonado la ruta desde su Prehistoria hasta su Medioevo. El traslado de libros, cacharros y

discos, la firma del contrato, el pago de la fianza y la ocupación efectiva del nuevo piso eran los hitos que aún le faltaba realizar y que la iban a conducir a su definitiva Contemporaneidad.

Odiaba las mudanzas, pero en la conclusión de aquella veía realizarse el gozoso punto de su trayectoria vital en el que abandonaría el cuchitril de dos por dos, su auténtica Edad Media, remota y oscura, poblada de incómodos monstruitos. De alumna había pasado a formar parte de un claustro, de becaria a funcionaria; y ella todavía en su tenebroso habitáculo esperando por su Contemporánea Independencia.

Cuando cerrara la puerta y efectivamente ocupara el nuevo piso, ella, ser único e independiente, sería también mujer genérica, la luchadora, la trabajadora, la intelectual. Cuando la mudanza se completara, ella encarnaría el eslabón final de la conquista de derechos y deberes femeninos. Así sería cuando la mudanza se llevara a cabo, cuando se marchara de aquel piso de estudiantes y se hubiese olvidado de cuánto tuvo que soportar.

Pero el tiempo pasa y hacía un mes que hacía dos semanas que hacía tres meses que le habían prometido que el piso estaría listo para alquilárselo. Llevaba muy bien la cuenta, y estaba harta, porque hacía dos semanas había llamado y le habían dicho que al día siguiente se podría mudar, que sólo quedaban por resolver nimios detalles, encajar las puertas, o rellenar algunas juntas con silicona, o lijar una ventana, nada, poca cosa.

Los propietarios nunca cumplieron, y ésa era la razón por la que hacía más de dos semanas que hacía tres meses que le habían prometido que le iban a tener preparado el piso que había apalabrado hacía otros tres meses para alquilárselo inmediatamente. Haciendo números llevaba más de medio año en el

aire, espera que te espera por un piso que no le daban, sólo largas, que si el mes que viene, largas cada vez más cortas, que si la semana que viene, que si unos días, pocos, claro está, que si después del fin de semana, que mañana, nada, cuestión de minutos, segundos tal vez.

Elena está agotada y hace por distraerse con las formas del moho de una las esquinas de su cuchitril. Da rienda suelta a su imaginación mientras hurga entre sus labios y los riega del cálido jugo que aflora de manantial profundo. Las dos semillas húmedas que pugnan por salirse del pecho brotan. Mañana será otro día.

Revista *Anarda*

“ He cerrado el ventanal por pudor”

La niñez en las plataneras de detrás de su casa donde jugaba a ser el héroe que las chicas del barrio se disputaban o el jefe de una tribu disciplinada. El bachiller en el barrio de Vegueta y en el subterráneo hasta la marea donde fumaba en los recreos con algunos compañeros. Luego La Laguna, jachís y Derecho, Biología y LSD, y en el bar del sueco mucho sexo. Por fin Estados Unidos, “Home of the Brave, Land of the Free”, master y doctorado. En América acabó su juventud. Pilar, Beatriz, Ana... hasta que se casó con Elena. Tres hijos que salieron adelante. La muerte digna de sus padres. Publicaciones y éxito. Otra vez la muerte que se llevó a nuestros mejores amigos. Y ahora tú, mi querido José Luis, consumido pero hemoso, incluso favorecido por la pálida delgadez que destaca la dureza de tus rasgos contra el marco negro del féretro.

Ayer la geografía de esta habitación era patente, resaltaban sus accidentes en la claridad del día que atravesaba el ventanal: los bordes de la mesa que su abuelo torneó contra el ladrillo amarillento del suelo, el juego perfecto de los colores que su madre dispuso en bodegón sobre la pared blanca, el ganchillo beis de su abuela colgando de los oscuros brazos del sillón. Hoy no. Hoy los detalles se pierden porque la luz es un pecado y la penumbra una virtud que se enseñorea de la jovialidad que José Luis y Elena siempre dieron a su casa de amplias cristaleras. Hoy las viejas del barrio con sus pañolones negros y sus bisbiseos apostólicos dominan el cuarto de estar en duelo.

Me he tenido que salir, he dejado atrás el helecho, el pequeño cactus rojo y amarillo y el canario cantor que jalnan el pasillo hasta el cuarto de estudio de José Luis sintiéndolos naturaleza muerta. He apartado algunos libros y me he sentado en su sillón que mira sobre una ladera de paisaje reconfortante. Y me he levantado y he cerrado las cortinas por pudor. Y me he dejado caer otra vez en el sillón y he cerrado los ojos y he suspirado profundamente.

Fue cuando Elena nos sirvió el café quejándose de tanto libro en medio y se sentó a charlar y sacó el tema de los hijos cómo cambian, entonces José Luis se miró en el espejo y penetró con sus pupilas las arrugas que cruzaban su frente. Cuando volvió a la conversación ya traía el mohín de disgusto que hace unas horas descubrí petrificado en su tez macilenta.

“Pasa, está en la sala de estudio” me dijo Elena con la mejor de sus sonrisas. “José” llamé, pero él ni me dio la bienvenida ni me mandó callar con los dos resoplidos cortantes con que mostraba su fastidio cuando lo interrumpía en una lectura y que significaban “perdona, cuando llegue al final del párrafo te atiendo”. Rígido y pálido, José Luis leía para siempre los espacios blancos del periódico.

No lloré y sólo pensé imposibles, como ocultar el cuerpo para que Elena no tuviera que enfrentarse con una muerte que era también la suya, o quedarme allí, mil y una noches, eternamente hilando historias dentro de historias. Pero Elena no desfalleció ni perdió el control en un paroxismo de histeria, sólo unas lágrimas se le escaparon del océano que contenía y que detrás de sus ojos buscaba inquieto una salida. “Llama a mis hijos” me dijo.

Fui a la cocina y preparé una tila mientras ensimismado ensayaba una introducción para cada uno de sus hijos. “Julián, tu padre se ha puesto repentinamente enfermo... sí, ya he llamado al médico... no sé, yo lo veo muy mal... sí, de verdad... que no te engañe” o “María, es mejor que vengas, a tu padre le ha pasado algo... tu madre está con él... ven” o “José Manuel... no sé cómo decírtelo... es una mala cosa... sí, tu padre”. Llamé a Julián, el primogénito. “Tu padre está muy mal...” dije, y luego lloré, impetuosamente, sin aviso lloré. Y eran unas convulsiones inesperadas que se iban adueñando de mi ánimo entristecido y que se materializaban en mi rostro congestionado

de mirada acuosa e irritada, en mi moquera, en el sonido inarticulado y primitivo de mi voz.

Mucho después el teléfono, que me pedía con su voz cibernética que lo colgara, y las voces de María y Julián y sus preocupaciones técnicas “¿dónde lo ponemos?... llama al periódico... José Manuel tarda demasiado”, me despertaron. “¿Qué ha pasado?” le pregunté a Julián que buscaba algo en la cocina. Al percibir mi desconcierto Julián me abrazó y lloró sobre mi hombro. Entonces comprendí que llevaba horas sumido en mi vacío, donde no hay espacio para el tiempo.

No me preguntó si lo necesitaba, Julián con decisión me tomó en brazos, subió las escaleras, me depositó en la cama de su antiguo dormitorio y me descalzó y me agasajó con la manta. Calculé mi edad y mi decrepitud y me resigné a la senilidad con la madurez de un niño. Después las dos carpetas, la estantería, los discos de polivinilo, el Charlot de cartón, la guitarra rajada me evocaron a mi hijo y a Julián

cuando iban juntos al colegio y José Luis y yo veíamos en su amistad la perpetuación de la nuestra. En la oscuridad me sentí cadáver y me dormí hasta hace un rato, cuando tras un breve café y alisar mi traje aparecí en el cuarto de estar en duelo y bisbisé unas oraciones que recordaba mal y me vine al cuarto de José Luis, corrí las cortinas, me senté en su sillón, cerré los ojos y suspiré profundamente.

Por venir de la nada, Las Palmas, Ediciones La Palma, 1995.